

Arnoldo Mora

Filosofía e historia de la filosofía

Abstract. *Philosophy and its history are intrinsically connected. At the same time, the history of philosophy is a positive science and a philosophical knowledge. But they differ at the comprehensional level. Yet the philosophical work of the past is an invitation to a creative and personal dialogue more than a part of a total system that is developed through time.*

Resumen. *La filosofía y su historia están intrínsecamente enlazadas. La historia de la filosofía es, al mismo tiempo, una ciencia positiva y un saber filosófico, pero difieren en cuanto al nivel de comprensión. Pero mas que una parte de un sistema total que se desarrolla en el tiempo, las obras filosóficas del pasado son una invitación al diálogo creativo personal.*

Desde sus orígenes griegos, la historia de la filosofía ha sido considerada por los propios filósofos como una parte no extrínseca o accidental de su quehacer, sino inherente a la esencia misma del filosofar. No se puede filosofar a espaldas de su propio pasado, ni ignorando lo que los antecesores han dicho y definido como filosofía. La mayor parte de las veces esta mirada retrospectiva hacia el pasado es de carácter negativo o crítico, por no decir destructor y no siempre objetivo o justo con el aporte de quienes los han antecedido en la labor filosófica. Así, se enumeran y resumen las ideas ajenas, no tanto para reconocer en ellas lo que se considera permanente o valioso, cuanto para tomar distancia críticamente de las mismas. Sin embargo, en no pocas ocasiones igualmente se reconoce la importancia que en la

filosofía propia tienen las opiniones del pasado, incluso si se las adversa parcialmente.

Lo dicho demuestra dos cosas:

1. Que no se puede filosofar a espaldas del pasado y, por ende, que solo se lo puede hacer desde el devenir temporal aunque algunos filósofos aspiren a instalarse en la contemplación de “verdades eternas e inmutables”, como lo pretende toda la tradición platónica.
2. Que la historia de la filosofía es parte de la filosofía y no algo exterior o anecdótico al quehacer filosófico mismo. Como diría Hegel, la historia de la filosofía es la filosofía en sí misma, pues filosofía es lo que han hecho aquellos a quienes la memoria histórica de los pueblos califica como “filósofos”, de modo que solo hay una manera de hacer filosofía y es abrevando en las fuentes del pensamiento filosófico, es decir, sumergiéndose en las obras de los grandes pensadores.

Por todo ello, mas que en el caso de la ciencia, que suele vivir tan solo de los resultados del presente (un químico no necesita dominar la teoría del flogisto para ser buen químico hoy día, ni un astrónomo conocer las teorías de Ptolomeo) el quehacer filosófico exige una lúcida conciencia del pasado, pues la historia de la filosofía es la filosofía misma en su devenir temporal, en su ser y manifestaciones a través de las circunstancias de un pasado que sigue presente en lo que hoy hace el filósofo. Esta conciencia histórica que acompaña al quehacer filosófico, ha quedado patente en el hecho de que han sido los filósofos quienes

han creado la historia de la ciencia a principios del siglo XX, pues es propio de la filosofía indagar no solo por el presente, sino también por los orígenes de todo aquello que se nos da como actual.

De ahí que el interrogarse por las relaciones entre filosofía e historia de la filosofía sea parte esencial del quehacer filosófico. Dentro de esta tesitura, se impone el cuestionarse sobre qué relación tiene la filosofía con la ciencia histórica, tanto más que, desde mediados del siglo XIX, la historia se considera a sí misma como una ciencia positiva desvinculada, al menos explícitamente, de cualquier especulación filosófica, si bien no puede (como, por lo demás, ninguna ciencia particular) ignorar la crítica epistemológica en que se sustenta la legitimidad de los métodos empleados en el quehacer científico.

Resumamos, entonces, la cuestión en los siguientes términos: ¿Qué tiene la historia de la filosofía de historia y qué de filosofía? ¿Qué aporta la crítica histórica a la historia de la filosofía y cuál es el enfoque específico con que la filosofía asume su propio pasado?

Para ello debemos partir de la distinción que los filósofos alemanes hacen entre saber (*erklären*) analítico y extrínseco a su objeto, propio de la ciencia, por un lado y, por el otro, la comprensión intrínseca y englobante (*verstehen*) propia de la filosofía.

Vista desde el primer punto de vista, la historia de la filosofía reviste las características y emplea los métodos propios de la crítica histórica de carácter científico. Asumidas así las cosas, la historia de la filosofía puede ser definida en los siguientes términos: "La historia de la filosofía como ciencia trata del nacimiento y evolución de las doctrinas que ofrecen una u otra solución a los problemas de la filosofía, de la relación entre el hombre y el mundo, una explicación —sea materialista o idealista, dialéctica o metafísica— de las leyes generales del ser y del conocimiento" (M. T. Iovchuk y otros, p. 6).

Así concebida, la historia de la filosofía ocupa un lugar propio en el árbol frondoso entre las diversas ramas del quehacer científico. Estos mismos autores lo dicen en los siguientes términos: "De esta suerte, si las ciencias naturales concretas (física, química, biología, etc.) indagan las

diversas formas del movimiento de la materia y las leyes del desarrollo de las mismas, y las ciencias sociales concretas (economía política, derecho, estudio de las artes) tratan de los diversos aspectos de la vida social y de las leyes del desarrollo, la misión de la filosofía es investigar las cuestiones más generales del ser y del conocimiento. El desarrollo histórico de las concepciones del hombre sobre esta materia constituye el objeto de la historia de la filosofía" (p. 10).

Para lograr esto, la historia de la filosofía debe comenzar por reconocer la especificidad de la filosofía, pues no hay método al margen de su contenido. Todo saber para que merezca el calificativo de "científico", debe respetar la racionalidad intrínseca del objeto de que trata, los rasgos específicos del conocimiento que se extraen de la reflexión filosófica. Los autores mencionados lo dicen en estos términos: "Como forma determinada de conocimiento del mundo, como sistema de concepciones acerca de los problemas más generales del ser y el pensar, la filosofía posee una lógica interna, expresada de modo generalizado las leyes del conocimiento del mundo... La filosofía tiene sus leyes específicas, que en cierta medida operan también en otras esferas de la conciencia social (ciencia, arte, ideologías sociopolíticas) por cuanto la filosofía ejerce sobre ellas su influencia ideo teórica" (p. 22).

La utilidad e importancia que de este enfoque científico de la historia de la filosofía se puede extraer, es de insustituible importancia, pues "el estudio de la historia de la filosofía tiene no solo significación cognoscitiva, sino también gran alcance práctico-político, educacional; ayuda a enriquecer la memoria con conocimientos filosóficos acumulados por la humanidad, a preservar y continuar las tradiciones del pensar filosófico, que cumplieron un papel importante en la historia de la cultura universal" (p. 24).

Sin embargo, para el filósofo, quien es el que normalmente hace historia de la filosofía, esta concepción científica de la historia de la filosofía no es más que un medio, un instrumento para penetrar en el filosofar mismo, que le garantiza la objetividad en cuanto al manejo de los datos suministrados por la historia, pero no lo hace penetrar en el ser mismo del filosofar. Para ello

se requiere dar el salto cualitativo de la “comprensión” (*verstehen*) específica que se requiere para penetrar desde dentro en el saber filosófico. No por casualidad han sido los mismos filósofos los que, desde sus orígenes, se han ocupado de la historia de la filosofía como parte del quehacer mismo filosófico.

En este sentido, podemos considerar a Aristóteles como el fundador de la historia de la filosofía, pues ya en el Libro I de la *Metafísica* se dedica a hacer una retrospectiva histórica de lo que sus antecesores han entendido por filosofía, sus aportes y las críticas o limitaciones que el Estagirita establece a propósito de esas corrientes filosóficas.

Sin embargo, lo que hoy entendemos por historia de la filosofía tiene su verdadero antecedente tan solo siglos más tarde bajo el Imperio Romano, en que la filosofía se institucionalizó como enseñanza obligatoria para todos aquellos que aspiraban a un puesto en el aparato burocrático del Estado. De esas escuelas y academias surgieron los primeros manuales y antologías en que se relataba con fines didácticos, tanto la vida de los grandes filósofos, como sus principales enseñanzas llamadas “sentencias”. La historia de la filosofía abarcó igualmente la biografía de los grandes filósofos. Por primera vez en la historia, fue hecha no por filósofos o pensadores originales, sino por profesores de filosofía o seguidores menores de alguna corriente o escuela filosófica de mayor abolengo histórico. De manera particular, merecen destacarse como modelos de este género las obras de maestros griegos, tales como la conocida e insustituible fuente histórica titulada: *Vidas de los filósofos más ilustres* de Diógenes Laercio y las *Vidas de los sofistas* de Filostrato.

Con el advenimiento del cristianismo, el retorno a un enfoque polémico desde una posición filosófica asumida explícitamente, volvió a renacer aunque con un carácter marcadamente apologético, es decir, donde se trataba no solo de defender una posición teórica o doctrinal, sino también política. Tal es el caso de San Agustín en su célebre *Ciudad de Dios*, obra con que nace la filosofía de la historia.

Con una mayor serenidad académica, aunque con intenciones igualmente apologéticas, si bien no políticas como en el caso de San Agustín,

Santo Tomás de Aquino, príncipe de la escolástica medieval cristiana, resume las opiniones contrarias a las suyas al inicio de cada una de sus cuestiones en la Suma Teológica. Pero cuando de defender su posición se trata, también argumenta citando profusamente a otros autores. En todo ello se revela el profundo interés y conocimiento que el Doctor Angélico tenía por la filosofía desde una perspectiva histórica.

Pero las relaciones entre la filosofía y su historia desde un enfoque puramente filosófico no será planteado en forma explícita y directa, sino por Hegel en su *Introducción a las lecciones sobre historia de la filosofía*. Hegel se aboca a determinar la esencia de la historia de la filosofía, donde detecta una contradicción a la que ya hemos hecho alusión antes y que podemos definir en estos términos: La filosofía se propone conocer lo imperecedero, lo eterno, lo que es en sí y para sí, pues su objetivo es indagar en torno a una verdad en el sentido fuerte, universal (válida para todos) y necesaria (válida siempre) como diría Kant. Pero, por otro lado, la historia tiene como objetivo contar lo que pasó en un momento dado aunque hoy ya no existe, pues todo evento o acontecimiento es por su propia naturaleza perecedero, de él tan solo quedan algunos trazos o vestigios actualmente y no siempre fieles al original. En consecuencia, no se puede buscar la verdad en la historia, pues es como sumergirse en el torrente heraclíteo del devenir temporal. En conclusión, la verdad no tiene pasado, es tan solo presente y, por ende, intemporal.

Ante este dilema, Hegel analiza varias alternativas:

- a. Absorber la filosofía en su historia considerando a esta última como una pura sucesión de hechos contingentes; el pasado no es más que eso, pasado, algo ya definitivamente muerto. La historia de la filosofía se convertiría, así, en un catálogo de puntos de vista, como dice Merleau Ponty o, con las propias palabras de Hegel, como “una galería de opiniones”, que de alguna manera se nos vuelven extrañas en la medida en que no tengan ningún interés vital para el presente. Frente a esta posición, Hegel objeta que no solo se

desdibujaría la historia de la filosofía misma, sino que, incluso, toda la historia se convertiría tan solo en un asunto de erudición sin más interés que el que podría tener un aficionado o coleccionista de antigüedades. La raíz de este error es de orden epistemológico, pues las ideas filosóficas del pasado aparecen aquí como simples opiniones subjetivas de individuos particulares sin ninguna vinculación con el devenir temporal que marca y hace posible, no solo la conciencia histórica, sino las razones y causas del presente. En otras palabras, sin el pasado no se puede entender el presente, por lo que las ideas filosóficas del ayer no son simples opiniones subjetivas que murieron con sus autores, sino que representan una adquisición que perdura hasta el presente, por lo que su estudio es indispensable para conocernos a nosotros mismos hoy día y, con ello, conocer lo que constituye el presente dentro del cual estamos insertos.

- b. El otro enfoque sería absorber la filosofía del pasado en un sistema o filosofía total desde el presente, que aparecería como el cumplimiento o realización de aquello que vieron o entrevieron, siquiera sea parcialmente, las filosofías del pasado. La verdad fragmentaria del ayer se recoge en la visión de totalidad que solo el hoy puede suministrar. Por lo que el presente se convierte en tribunal que juzga el ayer y establece su grado de verdad. Pero como el ayer explica y es causa del hoy, la historia cronológica de las ideas filosóficas se identificaría sin más con la filosofía como un todo, la historia de la filosofía sería la filosofía en su devenir en el tiempo, su desarrollo y, en última instancia, la filosofía sin más. De esta manera, la filosofía nos aparecería como algo viviente, como un proceso, como un caminar y el sistema del presente desvelaría tan solo la articulación lógica que explicita un orden racional allí donde los hechos históricos aislados mostrarían tan solo una aparente diversidad y dispersión.

Esta lógica sería de carácter dialéctico, pues mostraría la contradicción como motor de la historia, al mismo tiempo que los procesos históricos no serían más que la génesis de una racionalidad no formal sino real, dado que surgen de lo real mismo y éste constituye su propio contenido. Lógica y ontología se identificarían. Por su parte, la historia de la filosofía sería el *logos* en marcha hacia un sistema definitivo y concluyente: el sistema hegeliano, que nos aparecería así como la última filosofía y, por lógica consecuencia, la única verdadera, es decir, como el fin de la filosofía y, con ello, el fin de la historia misma.

La historia de la filosofía, por ende, no es algo muerto; no se trata de coleccionar objetos del pasado, cuyo valor sería directamente proporcional al olor a moho que de ellos se desprende. La historia de la filosofía nos muestra a la filosofía misma como algo vivo, siempre actual, como una verdad eterna, pero no como un resultado sino como un proceso y, en ese sentido, como algo que nunca envejece...a condición de que le apliquemos también una forma de muerte: la superación (*Aufhebung*) dialéctica, cuya síntesis o superación o negación de la negación la constituye el sistema hegeliano mismo. Cada filosofía tiene así su valor, a condición de que este sea parcial en la medida en que ese valor solo procede del lugar que el sistema hegeliano le asigna. Ninguna filosofía posee una verdad acabada, pues esta tan solo compete al sistema como totalidad. En conclusión, para Hegel la historia de la filosofía no es más que el Espíritu en marcha hacia su propia y definitiva reconciliación (*voller Begriff*).

En tiempos más recientes, esta concepción hegeliana de la historia de la filosofía es vista como un exceso del dogmatismo racionalista, que destruye el valor de cada filosofía en cuanto originalidad propia, pues impone desde fuera un criterio de verdad que termina por convertirse en un lecho de Procasto, es decir, que mutila la verdad misma. Y una verdad mutilada deja por ello mismo de ser verdad, si bien se reconoce en el pensamiento de Hegel un aporte definitivo: rescatar la importancia y vigencia de las ideas filosóficas en la historia.

El camino proseguido por muchos filósofos desde entonces parte de un enfoque sustancialmente diferente: no se mira la filosofía como el

Espíritu Absoluto en la historia, sino como la creatividad incesante del espíritu humano, finito y perecedero, al cual podemos tener acceso no tanto por la razón cuanto por el sentimiento, la imaginación y la simpatía. El pensamiento filosófico se asemeja, así, a la obra de arte a la cual solo podemos tener acceso desde dentro (*dedans, insight*) con una comprensión (*verstehen*) de la misma que solo mediante la simpatía y el diálogo con ella nos desvela y revela sus secretos más íntimos, su verdad. La historia de la filosofía no es más, ni más ni menos, que un diálogo a través del tiempo y por medio de su obra escrita, con los autores del ayer siempre presentes gracias a ese diálogo abierto y creativo.

Los grandes sistemas filosóficos a lo largo de la historia, al igual que la obra de arte, más que un hecho o un relato de la crónica histórica, constituyen una fuente, un hontanar, un foco de luz que revela o hace manifiesto un mundo, es "constitutivo de mundo", como gusta decir la tradición fenomenológica inspirada en Husserl y Heidegger. Vistas así las cosas, más que de una obra hecha, podemos hablar de un acto creador (Bergson), en el cual cada uno de nosotros se puede reconocer. Ahora bien, lo importante de una obra humana es su capacidad de hablarnos, de decirnos algo, de modo que podamos iniciar con ella un diálogo que nos constituya a nosotros como interlocutores y, por ende, como cocreadores, como cómplices y, al mismo tiempo, como polos dialécticos de contradicción y alteridad. En la obra del pasado nos vemos reflejados, al mismo tiempo que nos constituimos como alteridad, como el otro, como el tú indispensable para que haya diálogo.

No hay, por ende, una verdad absoluta, sino tan solo una posibilidad siempre actual de dialogar a través del tiempo y de reconocernos en ese diálogo como simplemente humanos. La creación del ayer se convierte en recreación del presente, sin que por ello se agoten sus potencialidades, lo que permite una pluralidad de lecturas, una capacidad inagotable de creatividad. La filosofía nos aparece, de esta manera, como realidad abierta, como una interrogación más que como una respuesta, como acogida e invitación al diálogo, como una apertura hacia mundos diversos pero cercanos.

Pero ¿en qué consiste esta "comprensión" de que hablamos y que exige una actitud de simpatía de parte nuestra como punto de partida? Emile Bréhier habla de iniciar ese acercamiento al pensamiento filosófico del ayer con una aproximación externa a la obra en tanto que hecho cultural, es decir, situado en el espacio y el tiempo históricos. No se puede comprender una obra filosófica si no se conoce el tiempo en que surgió, el hombre concreto que la formuló y el contexto histórico dentro del cual se dio. Pero esto no basta. Se requiere también una desarticulación intrínseca del texto. Deconstruir su arquitectura inmanente, su lógica interna, su articulación que, a manera de un aliento o alma, manifiesta desde adentro el sistema y lo une en sus partes, de modo que aparezcan como una obra arquitectónica.

Pero el objetivo de esta tarea analítica no es solo descoyuntar las partes de un todo, sino reconstruirlo para penetrar en esa intuición primera o primigenia (Bergson) que le dio unidad y nos permite asimilar la obra como un conjunto vivo que nos habla también a los hombres de hoy y nos provoca y convoca como lo hiciera con los hombres de ayer, que nos interpela y nos da que pensar (Heidegger). Una filosofía, por ende, es algo más que sí misma, comporta una invitación a sobrepasarla, dado el potencial de negatividad que contiene. Bergson lo indica cuando dice que una filosofía nunca coincide plenamente consigo misma, pues siempre es más de lo que dice explícitamente. Por su parte, Heidegger afirma que toda filosofía contiene un sentido oculto, por lo que siempre nos da algo que pensar; una filosofía es siempre más de lo que explícitamente dice, por lo que se constituye en una invitación a pensar por nosotros mismos. Una obra filosófica es una invitación al pensar, una cita con el pensamiento. Comprender una obra es dialogar con ella (*mitdenken*), en donde a la palabra del otro también nosotros aportamos la nuestra. Hacer historia de la filosofía es también comprendernos a nosotros mismos y explorar las posibilidades de pensar y de crear de que nosotros somos capaces. Tal es lo que hoy se llama "el círculo hermenéutico".

Bibliografía

- Agustín, San. *La ciudad de Dios*, en *Obras de San Agustín*, t. XVI-XVII. Madrid: B.A.C., 1964.
- Aquino, Santo Tomás. *Suma teológica*. Madrid: B.A.C., 1957.
- Aristóteles. *Metafísica*, en *Obras*. Madrid: Aguilar, 1964.
- Bech, Josep. *La filosofía y su historia*. Barcelona: Ediciones Universitat de Barcelona, 2000.
- Bergson, Henri. *La pensée et le mouvant*, en *Oeuvres*. Paris: P.U.F., 1963.
- Brehier, Emile. *Introducción*, en *Historia de la filosofía*, t. I, 5ª ed. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1962.
- Dynnik, M. A. y otros. *Introducción*, en *Historia de la filosofía*, t. I. México: Grijalbo, 1968.
- Filostrato. *Vida de los sofistas*. Bogotá: Ediciones universales, s.f.
- Gracia, Jorge. *La filosofía y su historia*. México: Instituto de investigaciones filosóficas, UNAM, 1998.
- Hegel, G. W. F. *Introducción a la historia de la filosofía*, en *Lecciones sobre la Historia de la Filosofía*, t. I. México: Fondo de Cultura Económica, 1955.
- Heidegger, Martin. *El origen de la obra de arte*, en *Sendas perdidas*. Buenos Aires: Losada, 1960.
- Iovchuk, M. T. y otros. *Historia de la filosofía*, t. I. Moscú, Editorial Progreso, 1978.
- Laercio, Diógenes. *Vida de los filósofos mas ilustres*. Bogotá: Ediciones Universales, s.f.
- Ortega y Gasset, José. "Ideas para una Historia de la Filosofía", Prólogo en Emile Brehier, ed. cit.
- Rorty, R. y otros. *La filosofía en la historia*. Barcelona: Paidós, 1990.

Arnoldo Mora Rodríguez
Escuela de Filosofía